

Y LLEGÓ EL INVIERNO UNA NOCHE A LAS DIEZ

Camino con lentas y cansadas pisadas sobre la nieve del arcén. Yo, que me había hecho a mí mismo, que había crecido desde la nada, había olvidado mis dos máximas: valora más tus éxitos que tus errores, piensa más en ti y menos en los demás. Mi psiquiatra en varias ocasiones señaló que esta forma de pensar podría llevarme a la autodestrucción.

Desde hace un tiempo no puedo dejar de recordar el cuento “Ulrica” de Borges. Dos seres solitarios se cruzan en sus vidas por azar. La narración se desenvuelve en una atmósfera de frío y soledad, pero el contexto no se apodera de los personajes y, tras un breve paseo matinal, la noruega, consciente de que pronto va a morir, y el viejo profesor funden sus cuerpos ardientes en un pequeño ático de la ciudad de York. Saben que el placer es pasajero, que todo lo que se posee se pierde, si es que algo se puede poseer. “Siempre es una palabra que no está permitida a los hombres”, dice Ulrica.

Sigo caminando por la estrecha senda al lado del tren. Pienso en mi mujer y en mi hijo. Nadie ha amado tanto y tan despectivamente a las mujeres como yo, cuando la noche cubría con su manto señorial los reservados “cinco estrellas” de Berlín. Les encantaban mis regalos, a mí me gustaba que se hicieran ilusiones. Era un juego y, como tal, se podía ganar o perder. Sabía lo que estaban buscando. Con mi mujer era otra cosa, a ella siempre la he querido y respetado. Ella siempre estaba allí. A mi hijo constantemente le insistía para que se pusiera al frente del negocio familiar, pero él se marchó de casa una noche de abril, supongo que cansado de decir “sí”, a trabajar como cooperante en ACNUR.

Yo tenía el poder, me sentía dueño y señor. Si esto fuera un sueño, al llegar el año negro del crack, no hubiera invertido al alza en el precio del maíz y del arroz y, para colmo, se hundió el fondo piramidal de Nueva York. No distingo la senda, todo se torna borroso a mis pies. Veo luces y sombras, sombras y luces. Un ruido ensordecedor se acerca y un pasajero me mira con ojos desorbitados cuando estoy a punto de caer.

“Relatos sin sordina”